

dades severamente sancionadas por Dios y por los hombres.

La estampa de esta sociedad provinciana es complementada por las autoras a partir de un minucioso análisis del papel desempeñado por las mujeres en la economía local. El *Censo de 1841* registró 120 oficios: 76 realizados por hombres, 25 por mujeres y 19 por ambos. La labor femenina más común era la de tortillera, seguida por las costureras, cocineras, comerciantes, criadas, hilanderas, curanderas y maestras.

Es interesante observar, a la luz de los datos, cómo las labores femeninas no suelen contabilizarse como actividad productiva, los trabajos de cocineras, sirvientas, lavanderas y nanas eran considerados

como una extensión del trabajo doméstico y, por ende, una labor *natural* de la mujer. Si retomamos el dato de que 446 familias monoparentales estuvieron encabezadas por mujeres y que, por tanto, debieron desarrollar una serie de actividades para sostenerlas económicamente, es claro que su trabajo no fue debidamente registrado. No debe olvidarse que la fábrica de hilados y tejidos de San Cayetano fue instalada hacia 1842 y que su mano de obra fue fundamentalmente femenina. Su acceso a la vida productiva no estuvo exenta de una suerte de sanción social: un pago menor al recibido por los hombres por una misma labor y jornada de trabajo.

En suma, la obra de Avital Bloch y Margarita Rodríguez es un trabajo pionero en la labor de hacer visible la historia de las mujeres en una región en la cual la historia local es un compendio de jefes de plaza, de caudillos y de patriarcas. Es importante mencionar que el lector no encontrará un discurso maniqueo en el cual los hombres son malos y las mujeres buenas. El texto tiene la virtud de construir un escenario creíble habitado por gente común y familias renombradas cuyas descripciones dan cuenta de formas de vida que, contra lo que pudieran hacernos pensar nuestros avances tecnológicos, no ha variado sustancialmente en las formas de valorar en su conjunto a hombres y mujeres.

## Visualidades históricas

### Rebeca Monroy Nasr\*

Sergio Raúl Arroyo, Gina Rodríguez, Isaura Oseguera *et al.*, *México a través de la fotografía, 1839-2010*, México, Museo Nacional de Arte / Fundación MAPFRE, 2013, 429 pp.

**L**eer un libro que originalmente estuvo estructurado como una investigación sobre la historia de México y la fotografía para realizar una

curaduría y su consecuente exhibición en un Museo Nacional del INBA lo convierte en un texto con otros fines pragmático-intelectuales para los lectores-espectadores que nos acercamos a él. Con un formato atractivo, podríamos decir que emulando el 6x6 de las cámaras profesionales, el material de *México a través de la fotografía* nos lleva a un paseo por 171 años de imágenes que van desde la daguerrotipia hasta la digitalización fotográfica.

Un proyecto muy ambicioso, mucho más que cualquiera que po-

damos recordar en épocas recientes, y a la par de *La gracia de los retratos antiguos*, o bien, el de Henri Cartier-Bresson y Álvarez Bravo para el Museo de Bellas Artes (1935); también nos remonta al esfuerzo de *Palpitaciones de la vida nacional* de Enrique Díaz y Antonio Rodríguez (1947), a la vez que rememora el eco visual natural con la que realizaran su obra Mariana Yampolsky y Francisco Reyes Palma en el Museo de Arte Moderno por los 150 años del descubrimiento e invención oficial de

\* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

la fotografía con el libro *Memoria del tiempo...* (1989).

Sin embargo, este proyecto reúne algunos elementos más, pues el recorrido histórico termina con la fotografía digital, que es un tema de suyo apasionante, ya que rebasa cualquier cálculo humano de fotoproducción: la cantidad de imágenes trabajadas con medios digitales nos excede, pues se calcula que se genera un millón de fotos realizadas al día, quizá más.

Todo ese esfuerzo de estructura temática y cronológica se plasma gracias al quehacer de sus autores y a los equipos de trabajo interdisciplinarios, la edición de este material en un papel de fina calidad, con impresiones en color y *duo tono* que faculta la perdurabilidad de la memoria visual de casi todos los materiales expuestos en el Museo Nacional de Arte, a iniciativa de MAPFRE, quienes han sido sensibles y han ponderado la importancia de la fotografía y la historia de nuestro país.

Al respecto, es necesario subrayar el esfuerzo de la Fundación MAPFRE por rescatar la fotografía latinoamericana como expresión sustancial de la vida nacional de cada región en la que ha emprendido este proyecto. A todos ellos debemos la posibilidad de contar ahora con un libro-catálogo de primera clase, que nos recuerda quiénes hemos sido, dónde hemos estado y las posibilidades de seguir siendo. La fotógrafa y curadora Mariana Yampolsky insistía en que sin catálogo no había vestigio ni huella alguna de las exposiciones, por ello no aceptaba de ninguna manera hacer una exhibición sin lograr un impreso de la misma.

He aquí que este trabajo se presenta además con un libro-catálogo de cuño fino y gran calidad de impresión, con imágenes que se desarrollan en cuatro núcleos propuestos por los investigadores-curadores del equipo de investigación fotográfica-científica, quienes trabajaron codo a codo con el etnólogo Sergio Raúl Arroyo, uno de los grandes gestores de la fotografía, promotor incansable y estudioso de la misma, quien ha dejado marcas importantes e indelebles en la memoria de la plata sobre gelatina gracias a su atento e incasable quehacer fotográfico. Arroyo, aunado a la labor incansable de su equipo de trabajo, con las investigadoras Gina Rodríguez, de gran experiencia y con una fina visión crítica, e Isaura Oseguera, *nouvelle* investigadora entregada a sus labores en cuerpo y alma, organizaron los materiales a partir de cuatro núcleos estructurales que ahora yo bautizo con nombre:

Núcleo 1. 1839-1910. “Del siglo XIX a la Revolución: lo técnicamente fotografiable...”

Núcleo 2. 1910-1940. “De la Revolución al arranque del milagro mexicano: la prensa entra al ataque visual...”

Núcleo 3. 1940-1968. “El Milagro mexicano caído del cielo: todo se capta pero no todo se imprime...”

Núcleo 4. 1968-2010. “Los movimientos sociales y políticos que le dan sentido: la fotografía lo cubre ¡todo!”

No es con una visión de núcleos duros desde la historia lo que nos proponen sus autores, sino que se

apuesta por glosar desde la visión temático-ideológica, propositiva, técnica-formal, respetando los géneros de producción y, sobre todo, los usos sociales de la misma fotografía.

Con ello el equipo de investigación da cuenta de otros temas mucho más ricos que aquellos que *la Historia* (con mayúsculas) instruye: aquello que la cámara sí puede captar. Así vemos como van vinculando una historia “oficial” con la historia cotidiana, del retrato, del vestido, de los personajes, del campo, de la ciudad, del crecimiento económico, de la urbanización, de la proletarianización, de la vergüenza, de ese crecimiento y sus partes silentes, todo ello aunado a los silencios oficiales. Revelan el día a día: los muertos y heridos, la vida intervenida por la droga y el ejército, y tantas más que se resuelven con el poder de la hipóbole visual y el caos urbano que significa la última imagen presentada. Es decir, acabamos recibiendo de manera clara las “otras historias”, las de la infantería, de los de a pie, de los que callan, de los que gritan, de los del poder, de los que adulan, pero también de los que piden justicia y equidad. Por ello, es *otra historia visual*, una mucha más rica y familiar.

En la exhibición, el contenido de cada núcleo constituye una célula madre; en el libro, el contenido está adaptado a las necesidades y posibilidades del lector-espectador según los tiempos de lectura, diferentes a los de la visita al museo —que limita al espectador por los otros, por los sonidos, por la luz de la sala, que en esta ocasión mostró una faz armónica. El libro tiene su propio ritmo, sus alcances, su meditación y análisis, y a

diferencia de la exposición, se acompaña cada imagen de un comentario que le da sentido histórico y contextual, para reafirmar su presencia en el espacio visual. Por ello, el libro se convirtió en una fuente de información que proclama más hacia el *iconotexto* que W.J.T. Mitchell estudia y analiza a profundidad.

Así, gracias a las labores de MAPFRE en Latinoamérica y de nuestro Museo Nacional de Arte (Munal) y su patronato, pero sobre todo, gracias al quehacer de los sólidos equipos de trabajo de curaduría, museografía, diseño del material visual y los de la exhibición, por mencionar algunos, esta obra constituye un parteaguas para nuestra fotohistoria. Es el libro-catálogo que estoy segura de que se convertirá en una referencia obligada, como el de Oliver Debroise —con su *Fuga mexicana*—; el de, Casanova, Del Castillo, Morales y la que suscribe, *Imaginario y fotografía en México, 1839-1970*. Sólo el de los *150 años de fotografía en México* puede ser un antecedente directo del libro que ahora nos evoca, el de *México a través de la fotografía, 1839-2010*, ahora con 21 años más y cientos de fotografías después, mucho más actualizado.

La pregunta obligada parece ser, ¿por qué 330 fotografías? Parece claro: por el espacio visual de las paredes del museo, suena a una búsqueda de equilibrios entre tema y temporalidad, pero creo que sobre todo se refiere a un encuentro entre los que guían el libro y los que lo hacen, es decir, la democracia de la solicitud y la aceptación. No está mal, aunque lamentablemente toca más o menos a 1.9 fotos en promedio por

año. Y sin duda hubo años más álgidos que otros, por lo que el reto fue contar, narrar, fortalecer, evidenciar, mostrar o sucumbir en el intento, y los historiadores-curadores lograron plasmar en ese libro-catálogo las presencias técnicas, materiales, emotivas, temáticas e ideológicas de un material visual que sin duda conllevó muchas vicisitudes en su realización.

El texto del doctor Sergio Raúl Arroyo expone claramente la vocación del material. Son diecisiete puntos que muestran las múltiples ideas que guiaron la exhibición y selección. Un material muy sólido y esclarecedor de las necesidades a cubrir y de los momentos de decisión del material. A continuación evoco algunas ideas que se conforman como una declaración de principios:

Marcar las diferencias entre memoria y fotografía; demarcarse de las biografías; no centrarse en lo meramente estilístico: evitar los *clichés* y no ejercer un estudio cerrado. Entender el carácter polifuncional de la fotografía y quitarse la camisa de fuerza de las convenciones historicistas. Considerar a la fotografía como un fenómeno dinámico y dialéctico. No generar monografías autorales ni falsos análisis teóricos; no buscar puertas falsas ni salidas fáciles. Ejercicio de interconexión entre temas y obras. Buscar incorporar géneros y temas poco integrados a la historia de la fotografía mexicana; incorporar a las agencias y estudios fotográficos del país. Incorporar tanto a creadores de gran rele-

vancia, como a otros. Procurar imágenes conductoras de la narrativa histórica. Reconocer intersecciones de los materiales fotográficos con la memoria y el carácter de objetividad que se le dio a la fotografía para los temas fundamentales de la historia.

El etnólogo Sergio Raúl Arroyo se plantea:

Observar la ruta sincrónica (y diacrónica también, agrego yo); usar el dato duro de la técnica fotográfica junto a sus múltiples empleos y usos sociales; aunado a ello reconocer estilos de la dicotomía de la huella autoral ante la fotografía estética y la fotografía directa. Penetrar en el sentido de la imagen y sus usos en términos de lo ilustrativo, reflexivo, psicológico, artístico, lúdico, entre otros. Algo que me parece fundamental que es el: *Reconocer el deseo como aspiración, la voluntad como llave de entrada a la modernidad y el afán documental como rememoración*. Presentar las rupturas inherentes a su creatividad, como expresión artística; mostrando el catálogo de todo lo existente; lo considerado en el mundo mexicano como “fotografiable”, y los intersticios poco visitados. Reconocer las claves intelectuales y físicas que determinan los ejes de la imagen múltiple de la nación entre la vanguardia y la tradición. Además de *establecer la secuencia histórica viable de la fotografía en México y con ello abrir un horizonte original en el que aún*

*se tiene una deuda con la fotografía de aficionado.*<sup>1</sup>

Si es una declaración de principios o un manifiesto, sería importante adherirse a ello, en una proclama para la historia de la fotografía, para no sólo enaltecer autores y perdernos en los circuitos creativos, formativos y de divulgación. Varias de sus propuestas son encomiables por la visión del conjunto: 171 años de fotografía en México y en el mundo, desligando lo local para mostrar también lo universalmente posible. Porque lo que sí es factible observar con este material es que hemos sido parte de un todo, con claras particularidades.

Obviamente México no escapó a los llamados, influencias mutuas, dialéctica de la imagen de una técnica que provenía del exterior, pero hizo suya, mucho antes que otros, la visualidad innovadora, también adoptó y adaptó otras del exterior; por ende, si bien pertenecemos a una visualidad general, nos define nuestro rostro, nuestras formas y estilos, la manera de mostrarnos, de dejarnos ver y ser, naturalmente algo semejante, pero no igual. Esto es factible verlo en la apropiación de imaginarios ajenos, convertidos en propios, léase: Tina Modotti con Álvarez Bravo, Jiménez frente a Rodchenko, Enrique Díaz con Herr Doktor, Moya y

Valtierra frente a un Robert Capa, entre muchos otros ejemplos.

Un libro-exposición con joyas memorables, que no sólo tocan la historia de la fotografía; más allá de una historia visual o una historia gráfica, se desmarca también la fotohistoria. Me parece que todo esto y más crea su carácter icónico y su presencia paradigmática, por el enunciado manifiesto de la fotografía, pero sobre todo, porque mueven *la desmemoria*. Ésa es la aportación fundamental de todas estas imágenes que fueron y serán observadas por las jóvenes generaciones y por los mayores, que han vivido una parte de esta historia.

La exposición y el libro presentan materiales importantes para tener presentes, a mi consideración faltan algunos, como Alicia Ahumada, con sus impecables indios y niñas de ojos grandes; las desnudeces de los mineros de David Maawad, a lo mejor al lado de los de Valtierra; las pulcras imágenes de Hinojosa o las irreverentes de Lourdes Almeida, también los rostros y caminos de Eniac Martínez. Es lógico que no pudieran estar todos, pero faltan por su contundencia y claridad visual discursiva.

Es cierto, no son todos los que están ni están todos los que son allí; comprensible por la selección y limitación numérica. En fin, las peticiones y los criterios pueden ser diversos, pero es innegable que *Mé-*

*xico a través de la fotografía*, nominado también como las fotografías de México y su historia, aún mejor: la historia fotográfica de México —o todo ello junto—, cumple su cometido al presentar un legado sustancial para nuestro país, un recuento de los hechos, de los daños, de lo que sigue. El ojo insomne que nunca duerme, como dijera Cardoza y Aragón, de la lente que permanece despierta, del ojo cíclope de la cámara, aún tiene grandes relatos que narrar. Este libro-catálogo nos deja un claro aliento de vida, el de la creación humana entre las sales de sodio y el betún de Judea, de la plata sobre gelatina y los miles de píxeles que se capturan cada día. Es una ventana gigante a nuestra realidad inmediata.

A su vez, considero que curadores, organizadores, coordinadores museógrafos, diseñadores, directores, entre otros, lograron su cometido, pues el conjunto de imágenes cumple con lo que John Berger asienta cuando dice que “la emoción de una fotografía procede del torrente de la memoria”, aquí el torrente de fotografías nos hace mover nuestra memoria-desmemoria, justo para no acallar lo que hemos visto y hacer algo más, pues considero que aún podemos hacerlo. Un ejemplo claro: este libro, que se convierte en un detonador gráfico de conciencias adormecidas, es ahora, más que nunca, una historia gráfica para contar.

<sup>1</sup> Sergio Raúl Arroyo, Gina Rodríguez e Isaura Oseguera *et al.*, *México a través de la fotografía, 1839-2010*, México, Museo Nacional de Arte / Fundación MAPFRE, 2013, pp. 18-26.



Cuerpo de empleados que prestaron sus servicios al Congreso. Fototeca Constantino Reyes-Valerio, CNMH/INAH. Fondo Carranza. Historia Gráfica del Gobierno Constituyente, celebrado en Querétaro de Arteaga, del 20 de noviembre de 1916 al mes de febrero de 1917.